

Nuestro Templo Parroquial

BAJO la advocación de Nuestra Señora de La Asunción, cuenta Rentería con un templo hermoso por su arquitectura, bello por su conjunto y fuerte por su construcción. Esta grandiosa obra de arte, admiración de cuantos la visitan, abarca el período de transición del estilo gótico al renacimiento.

Consta de tres naves sostenidas por columnas airoas y esbeltas que parecen querer tocar el cielo (tal es su altura), y sobre ellas descansa la bóveda que como todo el conjunto es de piedra sillería.

Su construcción fué periódica, según aseguran los síndicos de la misma, consiguiendo los antiguos habitantes de Ore-zeta, con su tenacidad y constancia, dejarnos un monumento digno de su fe y paralelo a sus fé-reas voluntades.

El tiempo, factor in- destructible que todo lo destruye, ha sumido en su obscuridad los datos precisos para poder saber cuándo, cómo y por quién fué empezada y terminada obra de tanto empuje. Dentro, pues, de lo ignorado dediquemos un recuerdo a los que fueran.

A la suntuosidad del templo corresponde la belleza de su altar mayor. Obra preciosa ejecutada en mármoles rojos y jaspes del país bajo, la dirección del afamado arquitecto, director de la escuela de Bellas Artes en Madrid, don Buenaventura Rodríguez. Duró su construcción desde el año 1781 al 1784, y respon- de al más puro estilo del Renacimiento.

Las esculturas fueron modeladas por el insig- ne escultor de la época don Alfonso Bergaz, dentro de un gran clasicismo.

La ejecución de la obra fué encomendada al arquitecto contratista don Francisco Asurmendi, quien dicho sea de paso no terminó la obra en muy buena armonía con el Ayuntamiento de aquella época.

Para que el presbiterio formase conjunto armó- nico con el altar, fué revestida toda la nave con decoraciones en yeso del mismo estilo, comple- tando dicha decoración con dos soberbias sobre- puertas de mármol en las dos paredes laterales.

Por exigencias de los tiempos que se descono- cen, el templo sufrió algunas variaciones en su interior, que en nada le favorecían.

Estos lunares fueron subsanados de una ma- nera brillante con la re- forma hecha hace pocos años, cuando el pueblo respondió espléndida- mente al llamamiento de su párroco, D. Fran- cisco Ayestaran, acome- tiendo la magna empre- sa del picado de la pie- dra, desescombramien- tos de capillas cegadas, reforma y apertura de nuevos ventanales si- métricos y esbeltos don- de se colocaron precio- sas vidrieras policroma- das, traídas de Munich, cancelos nuevos y otra serie de detalles que



Vista de Nuestra Señora de la Asunción. Foto Figuski

posteriormente han sido completados con la hermosa escalinata de mármol, del presbiterio y emparquetado del mismo.

Entre los retablos de las capillas existe un gó- tico florido del siglo XIV, verdadera filigrana vi- sitada y deseada por los que se dedican a las anti- güedades, y que debe guardarse como oro en paño.

Esta es, lector, a grandes rasgos la iglesia de los renterianos.

J. NAVASCUES

RETAZOS

¿Que tal el alcalde, chico?
—me preguntó Pepe Brúz.

Yo le contesté:
—Llevamos bastante bien nuestra Cruz.

Podría escribir Fulánez un código del honor; es entre apóstoles, Judas, y entre obreros, squirol.

¡Me aburro!—gritaba Filis— y se golpeaba con furia;

Su criada le decía:
—Señorita, no se...a...burra.

—¡Hola, punto!
—¡Hola, Matías!

—Chico; ¿sabes una cosa?
—¿Qué?
—Que ayer maté seis bichos.
—En la plaza?...
—No, en mi alcoba.

Que el mar llegó a Rentería, dicen las crónicas viejas.

Bien pudo ser, no lo dudo, porque aun quedan las sirenas.

Vino a ver las fiestas Paco García, que es pollo *bien* y una hembra, por un tropiezo, se cayó delante de él.

Y entonces, Paco me dice:
—Me voy a tomar el tren, porque yo ya he visto todo lo que tenía que ver.